





LA PIEDRA DE SIETE OJOS

Míriam Conde

Título: La piedra de siete ojos
Autora: Míriam Conde

© De la edición: la autora
Edita: Montañas de Papel Ediciones

Diseño y maquetación: Montañas de Papel Ediciones

Impreso en España

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-16386-26-0
D.L.: SA-214-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CAPÍTULO 1

Roma, 23 de agosto del 410

La ciudad dormitaba sumida en el temor. Al día siguiente se cumpliría el plazo que Alarico, rey de los visigodos, había impuesto para que se le entregasen de nuevo cuatro mil piezas de oro. Esta vez el Senado romano no podía ceder al chantaje, aunque quisiera, porque no había oro suficiente en las arcas de la ciudad para pagar el humillante tributo. El asedio les había sumido en la desesperación. Roma, la ciudad eterna, la capital del Imperio de Occidente, iba a caer a los pies de los enemigos bárbaros.

El emperador Honorio, un joven de veintiséis años, se estableció en su nueva capital, Rávena, más fácil de defender, y abandonó Roma a su suerte. Llevado por su juventud y vehemencia, había mandado matar a Estilicón, el consejero que en su lecho de muerte le asignó su padre, Teodosio el Grande.

Estilicón, que a pesar de su origen vándalo había sido nombrado general en jefe de los ejércitos romanos, regentó los destinos del Imperio durante toda la infancia de Honorio. Sin embargo, su decisión de retirar las legiones de la Galia e Hispania para defender Roma y el Tíber de los ataques visigodos fue muy criticada por un amplio sector del ejército. También su orden de quemar los libros sibilinos desagradó sobremanera a los consejeros imperiales, que conspiraron contra él y consiguieron que fuera condenado a muerte y ejecutado.

Desaparecido su adversario, que le había frenado en las batallas de Macedonia y Pollentia, Alarico llegó en dos ocasiones a las murallas de Roma. La primera vez, la ciudad compró con oro su liberación. Pero la segunda, los orgullosos romanos, con el Senado a la cabeza, resolvieron resistirse.

Un año llevaban los visigodos cercando la Ciudad Eterna, pero mañana sería distinto. Veinte de los trescientos esclavos que el rey godo regaló al Senado en la anterior negociación, eran en realidad guerreros que reducirían a la guardia y les abrirían la puerta Salaria. Al amanecer Roma sería conquistada.

Gunderico, un joven cabecilla del ejército visigodo, se dirigió hacia la orilla del Tíber, a las afueras de la ciudad. Había acabado su turno de guardia y, como podía disfrutar de un breve descanso, decidió darse un chapuzón para aliviar del sofocante calor que había soportado durante la jornada. Al llegar al borde del agua, el fétido olor que emanaba el río tras atravesar la ciudad le hizo arrugar la nariz y desistir de su idea. Se giraba para marcharse cuando un leve murmullo motivó que aguzara el oído. Instintivamente, aferró el pomo de la espada que llevaba al cinto y, observando con atención, descubrió unas sombras que se movían a una cierta distancia de donde se encontraba. Acercándose con cautela, vio tres figuras femeninas que emergían de las aguas del río. Desenvainó en silencio la espada y, situándose detrás de ellas, les gritó con voz potente que se detuvieran. Las mujeres, dos jóvenes y una anciana, que todavía jadeaba por el esfuerzo realizado, se volvieron alarmadas.

—¿Dónde creéis que vais? —les preguntó.

—Señor —le contestó la anciana, que fue quien tomó la palabra—, vos sois, sin duda, un noble guerrero del ejército de Alarico. —Gunderico afirmó con la cabeza—. Tened piedad de nosotras, noble señor. Somos esclavas y nuestra vida ya no tiene ningún valor en la ciudad. Nuestro amo ha huido y nos ha abandonado aquí. No representamos para vos ningún peligro. Dejadnos marchar, señor.

Gunderico escuchó a la mujer y le dijo:

—Dices bien, anciana. Mañana ninguna vida tendrá valor en Roma.

Observó a las jóvenes en silencio, sopesando su decisión. Una de ellas, casi una niña, bajó los ojos ante su escrutinio. Gun-derico contempló admirado lo fino de sus rasgos y la dignidad en su rostro, a pesar de sus ropas empapadas. La otra joven, un

poco mayor, soportó con la cabeza erguida la mirada que le dirigió, y el guerrero pudo apreciar en sus ojos un destello de rabia contenida.

—Está bien —contestó por fin—. Dadme las baratijas que llevéis y podréis iros.

—Pero, señor —farfulló la anciana—, si os doy mi collar moriremos de hambre...

—Tendrás que elegir: morir de hambre o regresar a Roma —le replicó el visigodo.

La anciana le tendió una fina hilera de perlas que llevaba al cuello. Se disponían a marchar cuando Gunderico se lo impidió.

—He dicho todas las baratijas que llevéis. —Estirando la mano alcanzó a la más orgullosa de las jóvenes, a la que quitó un cordón que llevaba al cuello, del que pendía un anillo—. Te habías olvidado de esto —le dijo con sorna.

Cogió el anillo e intentó ponérselo, pero no le cabía más que en el meñique. Según se lo probaba, se fijó en él con más detalle. Era un sello de oro con un complicado diseño de un águila que sostenía entre sus garras una corona de laurel y una inscripción: «Imp. P. F. Flavius Honorius». Entonces se puso rígido y volvió a empuñar la espada.

—¡Un momento! —les gritó a las mujeres, que habían iniciado una prudente retirada—. Este es el sello imperial. Vosotras no huiréis a ninguna parte, os venís conmigo.

Asombradas de que un bárbaro hubiese reconocido a la primera el sello de Honorio, no opusieron ninguna resistencia. Gunderico las condujo hasta el campamento visigodo, donde se presentó ante el jefe de su destacamento, el príncipe Ataúlfo.

—Señor, he interceptado a tres fugitivas que trataban de huir. Dicen que son esclavas, pero una de ellas llevaba esto, —Le tendió el anillo.

Gunderico era uno de los hombres de confianza de Ataúlfo; por eso el príncipe lo escuchaba con atención al indicarle su significado.

—Piadoso y bendito emperador Flavio Honorio. Es el sello imperial, señor, por este motivo os las he traído.

Las tres mujeres fueron llevadas a la presencia de Ataúlfo, en el interior de su tienda de campaña.

—¿Quiénes sois y por qué lleváis el sello de Honorio? —preguntó.

—¿Sois Alarico? —le preguntó la más osada de las jóvenes.

Ataúlfo rio divertido.

—¿Crees que el rey se molestaría por la fuga de unas simples esclavas?

—No diremos nada hasta que estemos en su presencia.

Ataúlfo se levantó de su silla y se dirigió a la joven, sorprendido por su audacia. Había que estar loco para desafiar a un príncipe visigodo en su propio campamento. Se movió en torno a ella, fijándose en su rostro, cauteloso pero firme. Le cogió las manos y las observó. Eran finas y suaves. «De esclava, nada —pensó—. Son manos de patricia. Con ellas no ha trabajado nunca».

—Ya he perdido bastante tiempo con esto —resopló cambiando de estrategia—. Tú me has caído en gracia —dijo a la joven atrevida—, calentarás mi cama esta noche. Las otras dos son para ti, Gunderico. Tú las has capturado y te las has ganado. Haz con ellas lo que quieras.

Un murmullo de horror salió de la boca de la anciana.

—Perdonad, mi señor, no podéis hacer eso —dijo impulsivamente.

—¿Ah, no?, entonces tú podrás decirme quién es tu señora, porque ella es tu señora, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Vos sois? —preguntó la mujer con humildad.

—Soy Ataúlfo, príncipe de los visigodos y general de los ejércitos del rey Alarico, mi primo y cuñado —dijo con arrogancia.

—Perdonad mi torpeza, señor, pero es que...

—Basta, anciana. Ya he tenido suficiente paciencia con vosotras. Veremos si unos azotes os arrancan la verdad.

Hizo una señal a uno de los soldados, que volvió con un látigo de la mano, y, tomando a la anciana del brazo, la arrojó al suelo y se dispuso a azotarla.

—Esperad, señor, os lo suplico, no le hagáis daño —interrumpió la más joven—. Os diré lo que queréis saber, pero no la azotéis.

El soldado ayudó a levantarse a la anciana, que temblaba de miedo.

—Señor, me llamo Celia Sabina —dijo la muchacha— y provenigo de noble familia. Mi padre es pariente de Teodosio, el anterior emperador. Él pagará nuestro rescate si respetáis nuestras vidas. Esta mujer —dijo refiriéndose a la anciana— es mi aya Domitila, que me ha cuidado desde que nací. Y ella —concluyó por fin en voz más baja— es mi prima Gala.

—¿Es ese tu nombre? —preguntó Ataúlfo dirigiéndose a la otra joven.

—Me llamo Aelia Gala Placidia —contestó orgullosa.

Al oír esto el general visigodo, sorprendido, hizo un gesto a Gunderico, que salió de la tienda.

—¿Gala Placidia? —preguntó de nuevo.

Ataúlfo no podía creer en su suerte. ¡La hermana del emperador! La había capturado sin derramar una gota de sangre. ¡Podrían usarla para dar el golpe de gracia al Senado! «¿Cómo es posible que sea la hermana del emperador? —pensó—. ¿Será cierto lo que dice?». Su intuición le gritaba que era cierto, que ese porte y belleza solo podían encontrarse en las principales familias de Roma. «Pues sería una lástima —se dijo—, porque esta mujer me gusta; pero, si es quien dice, será imposible llevarla a mi lecho». En ese momento se abrió la puerta de la tienda y entró Alarico. A sus treinta y cinco años, su vida guerrera le hacía parecer bastante mayor, con una barba en la que ya habían aparecido las primeras canas, y unos temibles ojos rapaces. Miró a las mujeres, que temblaron bajo sus ropas húmedas, y, dirigiéndose a Ataúlfo, murmuró:

—Tu hombre me ha dicho que habéis realizado una importante captura, ¿es eso cierto?

—Mi rey, esta joven dice ser Gala Placidia, la hermana de Honorio.

—Si es eso verdad, ¿cómo no estáis con vuestro hermano? —le preguntó Alarico a la joven.

—Señor, Roma no puede soportar la humillación de ver a su emperador capturado. Aconsejé a Honorio, mi hermanastro, que partiera a Rávena antes del asedio porque es inexpugnable, y que

acogiera al papa Inocencio I bajo su protección —respondió la muchacha.

—Que Honorio e Inocencio han huido a Rávena lo saben hasta los perros callejeros, pero ¿y vos?

—El emperador no puede dejar Roma sin amparo. Soy la representante de la casa imperial y me debo a mi pueblo.

—Ya veo —contestó con ironía Alarico—; por eso escapabais al abrigo de la noche.

—Señor —dijo con tristeza la orgullosa romana—, mi intención era negociar con vos el pago de las cuatro mil piezas de oro que exigís. He logrado reunir la mitad y, además, os proporcionaría las tierras que pedís en la Galia.

—¿Y la otra mitad?

—Las dos mil piezas de oro restante llegarán al puerto de Ostia esta semana desde las provincias hispanas Tarraconense y Bética, ya que hice recaudar un impuesto especial hace meses, cuando comenzó el sitio —se calló apesadumbrada.

El rey le indicó con la cabeza que continuara. Sabía lo del oro porque lo había confesado un rehén a cambio de su vida.

—Sin embargo, todos mis esfuerzos han sido en vano. El Senado ha decidido haceros frente con la guarnición que protege la ciudad, y el general que la dirige también prefiere el enfrentamiento. En mi opinión, es una locura, pues nos quintuplicáis en número, pero no me han escuchado. Desafían mis órdenes, que son las del emperador. Por eso esta tarde, tras el fracaso de mi última negociación con esos cabezotas, decidí huir. No le temo a la muerte, pero le soy más útil al emperador viva.

—¿Por qué decidisteis huir hoy? —preguntó el rey preocupado por si habían descubierto la conspiración de la puerta Salaria.

—Señor, vuestro ultimátum acaba mañana. Hasta el más estúpido de los esclavos imaginaría que habéis encontrado algún modo de entrar en la ciudad, aunque no sé por dónde. Solo los obstinados de los senadores se niegan a verlo.

—¿Y cómo habéis conseguido burlar el cerco de mis ejércitos? —preguntó Alarico entre aliviado y curioso—, porque os hallaron fuera de Roma.

—Mis agentes me confirmaron que tenéis controlado desde hace tiempo el puerto de Ostia, del que no pueden salir barcos y los que entran caen en vuestro poder, así que no podía huir por mar. También me han dicho que tenéis rodeado el *pomerium*¹ y controladas todas las rutas de acceso: las vías Salaria y Aurelia, y las que provienen del sur, la Latina y la vía Appia.

Todo era cierto. A esas alturas, Alarico estaba ya convencido de que hablaba con la verdadera Gala Placidia. La muchacha seguía explicándole.

—Nuestra única salida era el río. Nos arrojamos a la Cloaca Máxima y dejamos que la corriente nos arrastrara. Hemos logrado sobrevivir al Tíber, pero, al parecer, salimos por la orilla equivocada. La escolta nos esperaba río abajo, y no pudimos llegar hasta ella. El resto, ya lo sabéis —dijo con amargura.

—¡Eso explica vuestro olor, señora! —exclamó el godo.

Admirado por el valor de las tres mujeres, dio órdenes para que las permitieran lavarse y les dieran ropas secas. Les cedió su propia tienda real para que pudieran descansar y mandó que les enviaran de comer.

—Hasta mañana, señoras —dijo por último—. Nos espera una gloriosa jornada.

Al amanecer, Alarico, al frente de sus tropas, irrumpió en la ciudad por la Puerta Salaria y avanzó en tromba hasta llegar al Foro romano, donde esperó a que se corriera la voz y se congregaran los senadores y el grueso de la legión. Con parsimonia y gestos calculados subió al *rostra*², contempló las caras de estupefacción de las gentes y desde allí gritó:

—¡Vengo a exigir que Roma cumpla su palabra!

—¡Roma no cede al chantaje! —respondió con grave voz el general Máximo Constancio.

—¡Esta es vuestra última oportunidad! —volvió a gritar Alarico—. Podemos negociar el pago que os exijo, al que añadiré mil

1 El *pomerium* era la frontera sagrada de la ciudad de Roma.

2 Llamaban *rostra* a la gran tribuna, símbolo de la supremacía naval romana.

sestercios de oro más por vuestra obstinación, y no habrá derramamiento de sangre.

—¡No! —fue la escueta respuesta.

Alarico, tomando a Gala Placidia, a la que mantenía escondida, la puso delante de sí y le ordenó:

—Habla tú, mujer. ¡Convince a tu gente para que no se entreguen de forma voluntaria a la muerte!

—¡Pueblo de Roma! —gritó entonces la joven, mostrando en alto sus muñecas encadenadas—, esto es lo que nos espera hoy si nos empecinamos en resistir.

Un murmullo de asombro recorrió las filas romanas. El pueblo, arremolinado tras las líneas de legionarios, comenzó a exclamar:

—¡Es la princesa Gala Placidia, la hermana del emperador! ¡Ha sido capturada, estamos perdidos!

—Así es, romanos —habló ella de nuevo—, pero no desesperemos. El oro de Hispania viene en nuestro socorro. Aún podemos salvarnos.

—¡No! —gritó entonces un miembro del Senado—. ¡No caeremos de rodillas, podemos resistir!

Viendo que estaban ciegos, Gala Placidia realizó un último desesperado intento.

—¡Por el amor de Dios todopoderoso! ¿Queréis sacrificar a vuestros hijos y mujeres por un miserable montón de monedas? ¿No es la vida el don máspreciado a los ojos de Dios?

—¡Tu Dios cristiano es el que nos ha conducido a la perdición! —se oyó gritar entonces a Rutilio, el poeta, sentado entre los senadores—. Ha debilitado el espíritu romano haciéndonos creer que todos somos iguales. Tú y tu Agustín de Hipona diciendo que debemos perdonar al enemigo. ¿Debemos perdonar hoy y poner la otra mejilla? —la multitud rugió encolerizada—. ¡No!, tenemos que encomendarnos a los antiguos dioses, los que nos hicieron fuertes y temidos en todo el orbe. ¡Ellos nos darán la victoria!

Un clamor de descontento se extendió entre los romanos, que comenzaron a discutir entre sí. En ese momento, Máximo Constancio, viendo que los suyos dudaban y la situación se le iba de las manos, dio la orden de atacar.

—¡Adelante, por Roma y Marte Ultor!

Se levantaron los *gladius* romanos frente a las espadas cortas y los redondos escudos visigodos. Las cohortes de soldados avanzaron cubriéndose con sus escudos rectangulares, adoptando la formación de la tortuga según su tradicional estrategia.

En inferioridad de cinco a uno, los legionarios hicieron frente al contrataque de los visigodos, que arremetieron contra ellos cada vez con más fuerza. El pueblo, gritando aterrorizado, huía para ponerse a salvo, dejando solos a los soldados, que iban cayendo uno tras otro.

Roto el cinturón defensivo que rodeaba al general, una jabalina atravesó su coraza y se le clavó en el pecho. Máximo Constancio agonizaba, ahogándose entre estertores de sangre, mirando sin ver la hecatombe que lo rodeaba.

Alarico ordenó a Gunderico que pusiera a salvo a las tres mujeres, que permanecían inmóviles en medio de aquel espanto. Gala Placidia, despertando de su estupor, le indicó que las condujera al palacio imperial, donde encontrarían refugio. Durante el trayecto al monte Palatino pudieron ver cómo el ejército de Alarico extendía sus tentáculos por la ciudad, matando a todo el que se opusiera a su paso. La legión había sido derrotada en apenas media hora. Aplastadas todas las defensas, los visigodos arrasaron feroces las zonas nobles residenciales, como el Quirinal, y se cebaron en los barrios populares, como la Subura y el Argiletum, que ardió por los cuatro costados. Algunos romanos se refugiaron en sus casas, pero las huestes de Alarico los sacaban a punta de lanza, asesinando a los que ofrecían la más mínima resistencia. Otros se escondieron en los templos dedicados a las antiguas deidades. Los visigodos arrastraron a las calles las estatuas de los otrora orgullosos Júpiter Capitolino, el oriental Mitra o el dios de la guerra, Marte, destrozándolas a golpes. Las cabezas de los dioses los miraban desde el suelo con sus vacíos ojos de piedra, junto a los cuerpos de los desdichados que, buscando allí refugio, habían encontrado la muerte. Vacieron el panteón, morada de todos los dioses, y despojaron de sus imágenes al imponente templo de la Venus Genitrix, de la poderosa familia Julia, estrellando contra las

losas del suelo los bustos, exquisitamente tallados, de emperadores y patricios. Irrumpieron en el templo de Saturno, sede del Tesoro del Estado, se llevaron sus arcas e incendiaron el Tabularium, el gran archivo que guardaba la historia del Imperio.

Los visigodos sometieron a Roma a un saqueo salvaje. Como una plaga de langostas, robaron el oro y la plata de las grandes mansiones y templos, las vajillas, los cofres de joyas de las mujeres, los perfumes y especias, todo lo que a sus ojos tuviera el más mínimo valor.

Aquellos que se refugiaron en las iglesias y en las catacumbas corrieron mejor suerte. Se les perdonó la vida, pero fueron capturados por millares. Los visigodos, cristianos arrianos, respetaron, sin embargo, los templos católicos. Del magnífico mausoleo de San Sebastián, en la vía Appia, donde se decía que estaban los cuerpos de los apóstoles Pedro y Pablo, se limitaron a llevarse los cálices y el ajuar litúrgico, sin tocar tallas ni profanar imágenes. De la basílica de San Marcelino y San Pedro cogieron solo el impresionante sagrario donado por Constantino, que había sido tallado entero en filigrana de oro. Tuvieron la inusual delicadeza, en mitad de la violencia, de ordenar primero al sacerdote que sacara la sagrada forma.

Gunderico condujo a las tres mujeres al palacio imperial, junto con una nutrida escolta de guerreros. Cuando terminaron de subir al monte Palatino, pudieron contemplar las densas columnas de humo, que se elevaban por toda la ciudad enrareciendo el aire. Al llegar a las puertas del palacio, los guardias les ordenaron detenerse, pero ante un imperioso gesto de la princesa depusieron las armas sin oponer resistencia.

El palacio, mandado construir por Domiciano, el último emperador Flavio, estaba dividido en dos alas. En la primera, la *domus* Flavia, se encontraban las grandes salas de representación, en las que el emperador realizaba las grandes recepciones y las reuniones de Estado. Gala Placidia pasó de largo y se dirigió sin dudarle hacia la segunda ala del palacio, la llamada *domus* Augustana, donde se hallaban las estancias privadas del emperador y su familia. Entró al peristilo seguida de su séquito. Pero antes de poder subir

a sus aposentos, Gunderico ordenó que se detuvieran junto a una gran fuente adornada con escudos y mandó a sus guerreros que buscaran y trajeran a su presencia a todos los sirvientes. Las jóvenes esperaron, sin decir nada, a que los hombres de Gunderico cumplieran la orden.

El caos que reinaba fuera no había alterado la tranquilidad del hermoso patio. Las hojas de los macizos de aligustre murmuraban movidas por el aire, y exóticas adelfas en enormes macetas de terracota impregnaban el aire con su dulce olor. A lo lejos se escuchaba el canto de las tórtolas. Celia Sabina se sentó al borde de la fuente y contempló el agua preguntándose si todo el dolor vivido era real o un mal sueño. Su mundo había sido destruido, estaban retenidas por los bárbaros y era imposible saber lo que pasaría mañana. Su único alivio era pensar que sus padres estaban lejos, en su querida Hispania. Habían partido el año anterior para organizar la defensa de sus tierras frente a la amenaza de vándalos y alanos. Se separaron con pena, pero ella debía permanecer en la corte, junto con su prima Gala Placidia. Se imaginó la impotencia de su padre al conocer la caída de Roma y que ella había sido capturada. Pensó en la angustia que sufriría su madre sin saber si estaba viva o muerta. Era la única hija que les quedaba, pues sus tres hermanos varones habían muerto en la adolescencia. Pensando en cómo el dolor volvería a instalarse en el pecho de su madre, una lágrima comenzó a rodar despacio por su mejilla. Gunderico la contemplaba en silencio. Movidamente por un impulso que ni él mismo podía explicar, deslizó su dedo encañonado por la suave mejilla de la joven, enjugando su lágrima. Ella volvió de sus pensamientos, y los ojos de ambos se encontraron en una mirada larga y profunda. Todavía se estaban recuperando de la ternura de aquel gesto cuando los soldados irrumpieron en el peristilo, conduciendo allí a todos los que habían encontrado en las estancias del palacio. La confusión y el miedo dieron paso a un murmullo de alivio cuando los criados vieron a la princesa. Un anciano se abrió paso entre los sirvientes y, dirigiéndose a Celia Sabina, extendió los brazos. La joven se lanzó a ellos y se fundieron en un abrazo. Instintivamente, Gunderico aferró su espada, pero al ver las canas del anciano se relajó un poco.

—Apolodoro, amigo mío, volvemos presas pero vivas —le dijo.

Una formidable matrona, ya entrada en años, se dirigió a Gala Placidia.

—Querida sobrina, cuéntanos qué ha pasado. Estaba muerta de preocupación. Cuando me dirigí esta mañana a tus aposentos, no te encontré. ¿Es cierto que Roma ha caído?

—Así es, tía Constanca —le respondió la interpelada—, somos cautivas del rey Alarico, que impone hoy su ley.

—¡Qué aciago día! ¡Roma ha sido profanada y nosotras seremos escarnecidas por los bárbaros! —gritó la dama.

—Tranquilizaos, señora, y no tengáis temor de ser escarnecida —le dijo Gunderico fastidiado por sus gritos.

Ofendida por el comentario, la aludida se envolvió en su manto con un gesto de dignidad ultrajada. En ese momento, Gala Placidia se echó a reír, y a sus carcajadas se unieron las de Apolodoro y Domitila. Incluso Celia Sabina se permitió sonreír. Se relajó así el temor que les mantenía a todos en tensión.

—Habéis demostrado sobrado valor, señor mío —le dijo al guerrero la princesa—. Nadie había osado hablarle así a Constanca, tía de Honorio y esposa del que fue emperador Graciano.

—Ya hemos pasado suficientes horrores por hoy, vayamos a tomar un refrigerio y descansar, ya que no podemos hacer otra cosa —dijo Domitila dirigiéndose a las jóvenes y a Gunderico.

La princesa, vencida por la fatiga, respondió que sí. Se dirigían a su comedor privado cuando Constanca les interrumpió escandalizada.

—No puede ser, dos doncellas principales como vosotras no podéis quedaros a solas con estos bárbaros.

Gala Placidia comenzó a replicarle que eran cautivas y que no podían elegir. Entretanto, Gunderico, con fina ironía, invitó a la matrona a unirse a ellas mientras comían para que comprobara con sus propios ojos que no les causaba daño alguno. La comida fue frugal; incluso la cocina del emperador sufría las consecuencias del año de asedio.

Al finalizar, Gala Placidia se dirigió a sus habitaciones para descansar, acompañada por Domitila y varios guardias visigodos,

que se apostaron ante puertas y ventanas. La tía del emperador, Constancia, se dirigió a su propia habitación, sufriendo una nueva afrenta en su amor propio cuando Gunderico consideró que no era necesario situar guardia alguna en su puerta.

En el comedor permanecieron Celia Sabina, Apolodoro, que no se había separado de ella, y el propio Gunderico. Tras un embarazoso silencio, Celia Sabina rompió su timidez y se dirigió al guerrero.

—Señor, podéis visitar el palacio si lo deseáis. Mi preceptor, Apolodoro, conoce cada rincón y la procedencia de todas las obras de arte que nos rodean.

—Aceptaré vuestra sugerencia, señora, si nos acompañáis —le respondió Gunderico.

—Apolodoro de Tesalónica, a vuestro servicio —se inclinó ante él el anciano—. Esta bella joven también podría contaros toda la historia de este palacio, pues es la mejor alumna que he tenido. También es muy versada en filosofía natural y matemáticas.

El maestro, al que no se le había escapado lo sucedido en la fuente, trataba con disimulo de disminuir el interés del visigodo por la muchacha, presentando como defecto su educación para protegerla. Se sorprendió, por tanto, al ver un brillo de interés en los ojos del bárbaro.

—¿De veras? —preguntó a la joven—. A mí también me gustaban las matemáticas, pero cuando los hunos nos arrojaron de nuestras tierras tuve que cambiar el *stilus* por la espada.

Entraron en el peristilo de la *domus* Flavia, adornado con un hermoso pórtico de mármol de Numidia, y se dirigieron al Aula Regia. Era esta una gran estancia que impresionaba por sus dimensiones. Al mirar hacia arriba pudieron observar el magnífico techo artesonado. En el suelo, las imágenes de los mosaicos parecían vivas, y en las paredes había nichos en los que reposaban enormes estatuas de mármol de colores. Apolodoro le señaló el nombre de los dioses que representaban. Contemplaron una impresionante talla de Hércules de tamaño sobrehumano, la belleza andrógina del dios Baco y al resto de los habitantes del Olimpo. Después se dirigieron a la basílica, una inmensa sala en la que antaño se reunía el consejo

imperial, que estaba formada por tres naves separadas por una doble fila de columnas. Como hacía ya tiempo que no se convocaba allí ningún consejo, la basílica se utilizaba para almacenar las innumerables obras de arte y los trofeos de guerra que había acumulado Roma a lo largo de su existencia. Las maravillosas obras de arte que sustrajo Nerón y colocó en la *domus* Áurea, que volvieron a los templos públicos tras su muerte, habían retornado al palacio imperial cuando Teodosio prohibió el culto a los antiguos dioses con un doble fin: evitar que se siguieran adorando y protegerlas de las iras de los cristianos más intransigentes.

En la primera de las naves los recibió amenazante Luperca, la loba capitolina, con sus dientes de bronce. Apolodoro le contó a Gunderico la leyenda de Rómulo y Remo, fundadores de la ciudad.

—De ella sacarían su fiereza los romanos —bromeó el godo.

Mientras escuchaba las palabras del anciano, Gunderico contempló con curiosidad un extraño recipiente de bronce, tan grande como el tronco de un hombre, formado por un cilindro bellamente grabado con escenas mitológicas, con tres figuras danzantes que remataban la tapa. Se soportaba sobre tres patas con forma de garra de león.

—Esto es una cista —le informó Apolodoro—, un recipiente para guardar cosméticos y joyas. Perteneció a la hija de un rey. Tiene grabada la historia de Jasón y los argonautas, griegos, como yo. Sobre un pedestal les esperaba una hermosa vasija de bronce, del rey Mitrídates —explicó el anciano—. Fue traída a Roma como botín de guerra tras la conquista del reino de Ponto, en Asia.

En la segunda de las naves, Gunderico se admiró de las maravillas que veía: atletas desnudos de bronce, a la manera clásica helena; reproducciones en mármol de dioses griegos, egipcios, persas y tracios; delicadas Venus surgiendo del agua y bustos de emperadores, que con su ceño fruncido imponían respeto. Observaba la ruda belleza de un púgil descansando, con los ojos fatigados y largas cicatrices surcando su rostro de bronce, cuando le llamó la atención una monumental estatua de terracota, que sonreía con una mueca sardónica.

—Representa a Apolo y es etrusca, del escultor Vulca —afirmó Apolodoro.

—¿Etrusca? —preguntó el visigodo—. ¿De dónde era ese pueblo que contaba con dioses felices?

—Eran los antiguos pobladores de Roma, antes de la fundación de la ciudad —indicó el maestro.

—Ah, seguramente dejarían de sonreír al ser conquistados —fue la respuesta de Gunderico—. ¿Y estas curiosas láminas de oro? ¿Qué son estas incisiones? —preguntó el joven acercándose a unos estantes de madera tallada.

—También es etrusco el antiguo lenguaje. Esta lámina cuenta la historia de cómo el rey Velianas gobernó sabiamente bajo la protección de la diosa Astarté.

En la tercera de las naves, Gunderico se quedó de nuevo absorto ante un conjunto formado por dos estatuas, un hombre y una mujer. Ella, de rodillas, acababa de morir atravesada por la espada de su marido, y él se clavaba esa misma espada en el pecho. Tallados en el mármol se podían apreciar los borbotones de sangre que manaban de la herida. Impresionado por el realismo de la talla, preguntó quiénes eran.

—No se sabe con seguridad —dijo Apolodoro—. Unos dicen que es Galo de Pérgamo, que se suicidó al ser vencido.

—Pero yo prefiero creer que es el último numantino, que eligió la muerte a la esclavitud —le interrumpió Celia Sabina, que había permanecido callada hasta aquel instante.

—¿Numantino? —preguntó con curiosidad Gunderico.

—Sí, era un antiguo pueblo de Hispania, mi patria —contestó con orgullo la joven—. Fueron vencidos y sojuzgados tras un largo asedio bajo el mando del general Escipión. Cuenta la historia que las cadenas no pudieron atar ni a un solo numantino al carro del vencedor. Todos prefirieron morir antes de ser capturados.

—Pero tú eres romana, ¿no es cierto? —le preguntó con extrañeza Gunderico.

—Sí, lo soy. Mi padre es ciudadano y tribuno romano, pero procedemos de Hispania, como el anterior emperador. Yo nací allí y siento que mi pulso se acelera al oír narrar sus leyendas. Roma

cifra su grandeza en el valor de los pueblos a los que vence. Cuanto más se resisten, mayor respeto les muestran los romanos. Y yo me alegro de llevar su sangre en mis venas.

El joven asintió con gravedad, compartiendo el sentimiento de ella. Se volvió despacio, y lo que vio después logró cortarle la respiración.

—Esto es... —comenzó Apolodoro.

—Lo sé, el mobiliario del templo de Jerusalén —dijo el visigodo estupefacto ante unas bellísimas trompetas de plata, tan grandes que tendrían que ser tocadas por gigantes—. Creía que era una leyenda —afirmó asombrado.

A su lado, brillando con magnificencia, reposaba un bellissimo candelabro de oro con siete brazos, tan alto como un hombre.

—El candelabro del templo —le indicó Celia Sabina con sencillez.

Gunderico recitó:

—«... de oro puro el candelabro, con su pie y su tallo de oro batido; sus cálices, sus globos y sus lirios hacían un cuerpo con él. De su tallo salían seis brazos, tres de un lado y tres de otro. Tenía en el primer brazo tres cálices de flor de almendro, formando un capullo que se abre, y otros tres en el segundo brazo, y lo mismo en todos los seis brazos que salían del candelabro. Se empleó para hacer el candelabro y sus utensilios un talento de oro puro».

—¿Conocéis la Biblia? —preguntó Celia Sabina sorprendida.

—Así es —asintió el bárbaro—. Este pasaje pertenece al libro del Éxodo. Ulfilas convirtió a mis abuelos al cristianismo y tradujo la Biblia a nuestra lengua. ¿Creías que adorábamos a dioses sedientos de sangre?

—No, señor, no era mi intención ofenderos —contestó la joven turbada—. Es que este candelabro es más que un símbolo. El propio Moisés recibió de Dios la orden de construirlo. Es sagrado.

Gunderico lo contempló largamente y, acariciando con respeto uno de los brazos, preguntó:

—¿Cuándo llegó este tesoro hasta aquí?

—Hace tres siglos, cuando el general Tito destruyó el templo de Jerusalén tras su victoria frente a los judíos —le contestó Apolodoro—. Hizo traer todo esto como su botín de guerra.

—Pues ahora formará parte del mío —rugió por detrás Alarico, sobresaltando a los tres.

—Os estábamos buscando, Gunderico —le informó Ataúlfo, que avanzaba junto a su rey—. ¿Dónde está la princesa Gala Placidia?

—Reposando en sus aposentos, mi señor.

—Bien, pues vayamos a buscarla. Quiero que haga llegar un mensaje a Honorio —dijo el monarca—. Partiremos en cuanto hayamos montado en los carros todo esto —se dirigió a los hombres que lo acompañaban—: Coged únicamente las piezas de metal. La piedra no puede fundirse y pesa demasiado.

Encontraron a la princesa en compañía de su tía Constancia. La mujer, ante la presencia del rey visigodo, se asustó tanto que apenas abrió la boca cuando este la saludó cortésmente.

—Enviaréis un mensaje a vuestro hermano, señora —le ordenó Alarico a Gala Placidia—. Le contaréis cómo ha caído Roma, que estáis en nuestro poder y que el precio de vuestra liberación será que me nombre *magister militum*³. También quiero que me proporcione las tierras que le exijo en la Galia.

—Mi señor —se dirigió al rey Celia Sabina cuando este terminó de hablar con la princesa—, os pido permiso para escribir a mis padres y tranquilizarles respecto a mi vida.

—Bien, muchacha —concedió Alarico—. Les dirás también que pueden comprar tu libertad.

Varias semanas más tarde, el ejército visigodo se dirigía hacia el sur, con una lentitud que exasperaba debido a los cientos de carros cargados con tesoros y los miles de prisioneros. Habían dejado atrás la exhausta ciudad de Roma y se dirigían a Nápoles con la intención de llegar hasta Sicilia, donde embarcarían hacia Cartago.

Las negociaciones con Honorio no iban por buen camino. El emperador no había aceptado ninguna de las peticiones del godo, y Gala Placidia seguía cautiva.

Alarico había vuelto sus ojos al norte de África, el granero de Roma. «Ahora ya tenemos un tesoro —afirmaba—, solo necesita—

3 General en jefe del ejército romano.

mos tierras para establecernos». Y estaba dispuesto a arrebatárselas al Imperio.

Gunderico fue designado guardián de la princesa y sus acompañantes. Mientras avanzaban por las calzadas romanas se había acostumbrado a charlar con Celia Sabina y Apolodoro de los más diversos temas. El preceptor continuaba ilustrando a la muchacha con sus pláticas y encontró en el joven un oyente atento y un buen conversador.

Al principio, el godo tenía miedo de que trataran de escapar, y su presencia constante junto a las prisioneras se debía, sobre todo, a la precaución. Pero, con el paso del tiempo, el deber se convirtió en una agradable tarea, sin que por ello su guardia dejara de ser férrea.

En muchas ocasiones se les unía Ataúlfo, que obtenía también placer en departir con Gala Placidia, con la que mantenía unos duelos dialécticos que atacaban los nervios de Constancia. La princesa llegó a desear con expectación estos encuentros, que eran su única distracción.

Los días discurrían uno tras otro, y las jornadas de fatigosa marcha daban paso a cortas horas de descanso, que apenas bastaban para reponerse del cansancio. El otoño sucedió al verano y pronto sintieron los primeros fríos del invierno.

Una noche, transcurridos varios meses ya desde la caída de Roma, y próximos a la ciudad de Cosentia, Gala Placidia y su pariente fueron llamadas a cenar a la mesa real. Como estas invitaciones no eran muy frecuentes, las jóvenes acudieron con curiosidad a la tienda del rey, acompañadas por el leal Apolodoro y la formidable Constancia, que no hacía más que quejarse a su sobrina de las privaciones a las que estaban siendo sometidas.

—Ahora tendréis vos misma la oportunidad de reclamarle al visigodo que echáis en falta a vuestro masajista —le dijo Gala Placidia. El acicate tuvo el efecto contrario, pues la buena señora permaneció callada todo el transcurso de la cena.

La mesa del rey estaba bien surtida con los productos que cogían en los pueblos por los que pasaban, y corría el vino mezclado con agua y miel, a la manera romana. Finalizados los primeros platos, Alarico se dirigió a la más joven de las muchachas.

—Querida niña, vuestro padre ha pagado por vos un rescate digno de una reina. Lástima que no pueda decir lo mismo de vuestra prima. Sois libre. Partiréis mañana acompañada de vuestros sirvientes y una escolta que os conducirá a los brazos de vuestra familia.

Celia Sabina dio un grito de alegría y se abrazó a Apolodoro, que estaba a su lado. Sin embargo, sus ojos se empañaron con tristeza al mirar a Gunderico, al que la noticia le causó el efecto de un mazazo en el estómago.

—Mi rey, os suplico que me permitáis acompañar a Celia Sabina, yo dirigiré su escolta —le pidió Gunderico.

—No, Gunderico, no puedo prescindir de ti ahora —le contestó el monarca—. Eres uno de mis mejores capitanes y te necesito para conquistar Cartago.

Calló el joven ante la negativa de su rey y no buscó ningún argumento para retener a la joven. Cabizbajo, contra su costumbre, vació de un trago el vaso de vino y se enfrentó con una mirada iracunda a Ataúlfo, que lo observaba compasivo. A duras penas pudo contenerse para no levantarse de su sitio y desairar la mesa real.

Continuaron sucediéndose los manjares de la cena hasta que sucedió un nuevo incidente. La princesa, cuando le presentaron una de las fuentes, se negó a probar su contenido: unos apetitosos jureles asados y aderezados con *garum*, la salsa siempre presente en la cocina romana.

—Señor —le dijo a Ataúlfo en voz baja—, ese pez no puede estar en buen estado. Yo que vos no lo probaría, si no queréis amanecer mañana con dolor de estómago.

Consciente de que Gala Placidia no ofendería innecesariamente a su anfitrión, Ataúlfo mandó retirar la fuente, pero fue desautorizado por Alarico, que se burló de los temores de la mujer y se sirvió un jurel.

—Es mi propio cocinero quien ha elaborado estos platos, —rió—. ¿Tenéis miedo de ser envenenada? —le preguntó a la princesa.

—No, señor —le contestó la joven—, pero ya ha pasado la época de este pescado. Estos ejemplares no pueden ser frescos.

—¿Tanto entendéis de cocina, señora? —continuó Alarico bur-lón, entre bocado y bocado.

—A la fuerza, señor, pues dirigía la intendencia del palacio de mi hermano. Un año de asedio logra que se aprenda rápidamente.

Comió el rey sin hacer más comentarios. Varios de los presentes le imitaron y la fuente pronto quedó vacía. Ataúlfo no los probó, ganándose la mirada reprobatoria de su pariente. Gunderico, ensimismado, ni se enteró de lo sucedido, y Celia Sabina, con la noticia de su liberación había perdido el apetito varios platos atrás. Cuando el rey dio por acabada la cena levantándose de su silla, el resto le siguió con secreto alivio.

A la mañana siguiente partió Celia Sabina en compañía de Domitila y Apolodoro. La despedida fue dolorosa. Tras dar un beso a Constancia y fundirse en un abrazo con Gala Placidia, ambas se desearon suerte y prometieron seguir en contacto.

—Escribid a mi hermano en Rávena, él os contará de mí, porque yo no sé lo que me depara el destino —le confió la triste princesa.

Saludó Celia Sabina a Ataúlfo, que se había acercado a confortar a la rehén por la marcha de su pariente y amiga, y por último estrechó las manos de Gunderico en silencio durante varios minutos. No se dijeron nada, pero sus ojos se expresaron con elocuencia.

Se marchaban ya las mujeres sobre dos recios caballos enviados por el padre de la muchacha, cuando Apolodoro abrazó afectuosamente a Gunderico, al que había tomado mucho aprecio. El sentimiento era correspondido por el joven, pues había encontrado en el griego un sabio maestro. El anciano, montado en su caballo, antes de unirse a las mujeres le dijo a Gunderico que no perdería nada si podía acercarse algún día por las tierras de Occilis, en la Hispania Tarraconense.

—Mi señor Cayo Celio no tiene más hijos que Celia Sabina, que es la luz de sus ojos. Haría lo que fuera por verla feliz. Además, no le vendrían mal un par de brazos jóvenes —tras este mensaje, que hizo aparecer la esperanza en el corazón de Gunderico, desapareció entre una nube de polvo.

Esa misma tarde, Alarico se sintió indispuesto. Su lugarteniente dio la orden de parar, preocupado al ver que al rey le costaba mantenerse erguido sobre el caballo. Una atmósfera de preocupación se extendió sobre el campamento visigodo. Al pie de las hogueras, los guerreros decían en voz baja que varios de sus jefes se encontraban mal. Todos presentaban los mismos síntomas: mareos, náuseas y vómitos.

El físico del rey, un judío enjuto llamado Abram Ben Simón, salió presuroso de la tienda del monarca para preparar un remedio que aliviara su enfermedad. No había duda de que la causa era el jurel. Todo el que lo probó había enfermado.

A la mañana siguiente, Alarico empeoró, con diarrea y fiebre alta. El médico trataba de atajarla con infusión de corteza de sauce y saúco, y le aliviaba el estómago sus hierbas secretas y agua de limón. Solo se podía esperar. Atendió también al resto de enfermos, a los que mandó trasladar a una tienda contigua a la real para no separarse del monarca. El estado del general Sinderico también era preocupante, ya que tenía una fiebre tan alta que deliraba.

Con el rey y su principal general fuera de combate, Ataúlfo asumió la organización del campamento. Acostumbrados a la marcha, los soldados se removían inquietos por la parada forzosa. Les asignó la tarea de revisar carros y armas para mantenerles ocupados. Ayudado por Gunderico, reforzó la guardia a los prisioneros romanos para evitar que aprovecharan la confusión para amotinarse.

El joven Gunderico estuvo muy atareado toda la jornada. La gran labor que tenía por delante lo distrajo de sus sombríos pensamientos. Sin embargo, tuvo que reconocerse a sí mismo que echaba de menos la rutina de los días anteriores. Le hubiera gustado poder seguir conversando con Celia Sabina en sus interminables discusiones sobre la divinidad de Cristo. La joven, católica, trataba de demostrarle que Jesús tenía la misma naturaleza divina que el creador de todas las cosas, a lo que el visigodo se oponía con firmeza. Ninguno de los dos era auxiliado por Apolodoro, que los escuchaba sonriente y sin intervenir, pues el griego era un iniciado en los misterios de Mitra y renegaba del cristianismo. En

vez de eso, tuvo que ingeniárselas para resolver problemas prácticos, como calcular si una rueda podría soportar el peso de un carro con un radio de menos, o si tendrían la cantidad suficiente de provisiones para permanecer acampados una semana. También en esto echó en falta la cabeza matemática del anciano.

Al caer el sol, Gunderico se dirigió hacia la tienda real en busca de sus superiores. Había ordenado parar la actividad por la falta de luz, y un silencio anormal se extendía por el campamento. Cuando llegó a la presencia de su príncipe, este le informó de que el general Sinderico había muerto hacía una hora, ante la impotencia del físico judío, que no había podido atajar su fiebre. Sinderico era el sucesor a la corona designado por Alarico. Visto el grave estado del propio rey, el consejo visigodo decidió reunirse esa misma noche para proponer un nuevo candidato a monarca.

Se habían congregado ya los ancianos en la tienda de deliberaciones. Desde la puerta se escuchaba cómo gritaban y discutían. Sin embargo, cuando entró Ataúlfo acompañado de su lugarteniente, se hizo el silencio. Wandulfo, uno de los ancianos, tomó la palabra. Dirigiéndose a los presentes indicó que, en su opinión, había dos candidatos que destacaban entre los demás: el general Atanagildo, famoso por su gran valor, y el propio Ataúlfo, que a sus cualidades guerreras unía su condición de pariente del rey.

Les instaron a que expusiera cada uno las ideas bajo las que pretendían gobernar. Atanagildo explicó que continuaría el legado de Alarico si este —Dios no lo quisiera— no lograba superar su enfermedad. Llegarían a África y se establecerían allí, combatiendo a los romanos.

Ataúlfo, en cambio, les sorprendió a todos al indicarles que los visigodos no eran un pueblo marino, y que aprender a manejar y fletar barcos les iba a llevar demasiado tiempo y recursos, pues no quería confiar su vida a los marinos romanos.

—Soy partidario —dijo— de finalizar estas luchas sangrientas, que nos han hecho vagar por todo el Imperio, y pactar con el emperador que nos permita establecernos en un clima más acertado para nosotros que el africano, como las Galias o incluso Hispania.

Tenemos ya la cantidad de oro suficiente para hacer de cada uno de nosotros un hombre rico. Podemos establecernos en paz y prosperidad para ver crecer a nuestros hijos.

Esta propuesta consiguió que se levantaran muchas voces de asentimiento, porque era lo que muchos deseaban en el fondo de sus corazones. El anciano Wandulfo les hizo callar a todos y preguntó a Ataúlfo cómo pretendía negociar con el emperador allí donde Alarico había fracasado.

—Podemos establecer lazos de sangre —afirmó—. La hermana de Honorio está entre nosotros. Si me acepta, me casaré con ella, y el emperador tendrá que considerarnos parientes y aliados.

—¿No es ese un sacrificio personal demasiado grande? —le preguntó Wandulfo.

—Créeme, no es ningún sacrificio —contestó Ataúlfo.

—Pero ella es romana —insistió el anciano—. ¿Te fías de ella?

—Sí, lo hago, pues le debo hoy la vida. Ella aconsejó al propio rey que no comiera aquel maldito pescado, anteponiendo la precaución a la cortesía. Además, ha demostrado de sobra su valor y su sentido común, pese a ser una mujer. Será una gran compañera si se digna aceptarme.

Los reunidos en la tienda decidieron entonces que la propuesta de Ataúlfo era la más sensata y decidieron presentarlo como sucesor del rey. No se atrevieron a brindar con vino, como era la costumbre, por respeto al que yacía a las puertas de la muerte. Se retiraban ya los ancianos cuando llegó un mensajero que les indicó que el rey quería verlos.

Al llegar a la presencia del monarca, Gunderico quedó sobrecogido al ver su aspecto. Estaba tan desmejorado que sus mejillas habían desaparecido, hundida la carne en el hueso de la mandíbula. Tenía un color amarillento y su barba sin recortar le daba un aspecto siniestro. Con los ojos brillantes por la fiebre, buscó a Ataúlfo, al que tendió una mano temblorosa. Se la estrechó este con suavidad, tratando de entender lo que el rey quería decirle con voz entrecortada.

—Ataúlfo, primo mío, cuida tú de los nuestros, pues el Señor me reclama a su presencia. Conduce a nuestro pueblo a la paz.

Un fuerte retortijón causó que el enfermo se doblase sobre sí mismo, soltando la mano que sostenía Ataúlfo. En la gran tienda, atestada de visigodos, solo se oía la respiración fatigosa y sibilante de Alarico. Ante este nuevo ataque, el médico rogó a los presentes que desalojaran la tienda, y todos salieron de ella convencidos de que también el rey había confirmado a Ataúlfo como su sucesor.

Aguardaron en vigilia los visigodos hasta el amanecer. Ninguno se atrevió a retirarse a descansar. Las hogueras lucieron toda la noche, calentando el frío ambiente. Tranquilos ya los ánimos tras el nombramiento del heredero, solo restaba esperar.

A la mañana siguiente, Ataúlfo se presentó en la tienda de Gala Placidia, que aguardaba inquieta las noticias que pudiera darle. Aunque nadie le había informado, en todo el campamento no se hablaba de otra cosa que del grave estado del rey.

—Mi señora —se dirigió a ella Ataúlfo—, aún no os he dado las gracias por haberme salvado la vida —tomando su mano, la besó con suavidad. La princesa, confundida, esperó a que continuara—. Ya sabéis, señora, que no me sois indiferente, pero no me he atrevido a poner mis ojos en vos, pues estáis muy lejos de mi alcance.

—También yo os miro, Ataúlfo, como se mira a un hombre, pero no soy libre para decidir.

—¿Me aceptaríais siendo un simple soldado?

—Si pudiera elegir, señor —dijo la romana—, no tendría ninguna duda, pero estoy destinada desde la cuna a un matrimonio de Estado.

—¿Y si fuerais libre? —insistió el visigodo—. ¿Desearíais ser mi esposa?

—Nada me haría más feliz, pero soy una princesa de Roma. Hasta ayer obedecía a mi hermanastro, y hoy debo acatar los designios de vuestro rey si quiero salvar mi vida.

—Algo en vuestro tono me dice que no os agrada servir a vuestro hermano —afirmó Ataúlfo.

—A vos puedo deciros la verdad. Mi hermano es inconstante y muchas veces egoísta. A los nueve años fue nombrado emperador, y desde entonces quiere demostrar que no es un niño. Desde pequeño han satisfecho todos sus deseos y no soporta que le lleven la

contraria. Tengo miedo del marido que me imponga y me gustaría alejarme de la corte imperial, donde el menor desliz puede costarte la vida, como le sucedió a Estilicón. Ese ha sido el error más grande de mi hermano. Con Estilicón vivo, Roma no habría caído.

Al oír a la princesa, Ataúlfo, que había luchado en el frente contrario, no pudo por menos que darle la razón.

—Mi señora —le dijo tomando sus manos—, debéis saber todo. Alarico está en los umbrales de la muerte. No creo que supere esta noche. Tanto el consejo de mi pueblo como el mismo monarca me han nombrado su sucesor. Si Alarico muere, mañana seré el nuevo rey de los visigodos. Un rey con tesoros, pero no con tierras. Esto es lo que os ofrezco, y vos sabéis que la corona es una pesada carga. Habéis demostrado que sois sabia y valiente. Salvasteis mi vida y habéis rendido mi corazón —calló Gala Placidia, confundida, pero no soltó sus manos. Ataúlfo continuó—. No quiero teneros vagando sin fin. Me gustaría establecerme junto con mi pueblo en buenas tierras y ver crecer a mis hijos. Si es necesario, buscaré la alianza con Roma. Pero no deseo coaccionaros, señora, no es necesario que me deis la respuesta en este momento. Os pago la deuda que he contraído con vos por mi vida. Sois libre. Podéis partir ahora mismo si lo deseáis. Podéis volver a Roma, a Rávena o esconderos de vuestro hermano. Pondré una escolta a vuestra disposición para que os proteja. Pero, antes de ir, tomaré de vos esto. —Estrechándola entre sus brazos, le dio un beso en los labios, fuerte, exigente. La princesa se dejó llevar, aturdida, respondiendo a la urgencia del visigodo con su mismo vigor. Tras el beso, Ataúlfo salió impetuosamente, dejando a Gala Placidia confundida ante una tormenta de sentimientos.

Llegó el príncipe a su propia tienda furioso consigo mismo. No estaba seguro de qué le había hecho perder la cabeza de aquel modo. Dejaba escapar a la rehén que le garantizaría la corona. Su corazón y su orgullo determinaron concederle la libertad. La deseaba como a nada, más que a la corona, sin duda. Pero quería que fuera libre para entregarse a él por su propia voluntad. «Eso es absurdo en este tiempo en que vivimos», pensó. Comenzaba a beber una copa de vino sin aguar, que le supo a cenizas, cuando entró Gunderico.

—Señor... —empezó.

—Hola, Gunderico, amigo mío —le interrumpió su superior, y vació de un trago lo que quedaba en la copa—. Tú serás el único que no me reprochará lo que he hecho.

El joven le dirigió una mirada interrogante y esperó a que hablara.

—He dejado marchar a Gala Placidia. No podía seguir reteniéndola después de lo que hizo por mí. Es lo más estúpido que he hecho nunca, y lo extraño es que no me arrepiento.

—No tendréis que responder a Alarico por eso, señor. El rey ha muerto y el consejo os reclama.

Velaron toda la noche el cuerpo de su monarca. A la luz de las antorchas, los guerreros, de uno en uno, inclinaron la cabeza ante el catafalco que sostenía el cadáver del rey, rindiéndole un silencioso homenaje. Con las primeras luces del alba, condujeron el cuerpo a la confluencia de los ríos Crasi y Busento. En un minúsculo islote que formaban allí las aguas, enterraron a Alarico junto con su armadura, su espada y un tesoro de oro y plata. La tumba quedó señalada con una sencilla estela de piedra con una cruz labrada.

Los guerreros comenzaron a reclamar a Ataúlfo, y este, según la costumbre, se puso en pie sobre la tumba de su antecesor. Con toda solemnidad, Wandulfo le ciñó la diadema incrustada con rubíes, que era el símbolo de la dignidad real entre los visigodos. Después, el consejo en pleno le juró fidelidad y vasallaje.

Comenzó a correr el vino para celebrar al nuevo rey. Los gritos y vítores se hicieron cada vez más fuertes, y aunque Ataúlfo, sonriente, estrechaba las manos de todos y se dejaba felicitar, en su rostro había cierta tristeza.

Volvía ya el nuevo rey hacia el campamento, rodeado de sus generales, y una mujer a caballo se acercó al séquito. Se fue abriendo camino hasta Ataúlfo. Cuando llegó hasta él le dijo que quería ser la primera en felicitar al nuevo rey de los visigodos. Este sujetó al caballo por la brida y, dirigiéndose a la mujer, que no era otra que Gala Placidia, le preguntó en voz baja:

—¿Habéis venido a despediros?

—No es mi intención, señor rey. Por una vez, mi corazón y la lógica siguen el mismo camino. Me he aficionado a vos y quiero veros cada mañana. En cuanto a Roma, el más tonto puede ver que nos conviene teneros como aliados, no como enemigos. Otras tribus de bárbaros han cruzado las fronteras. Juntos podremos defendernos de sus amenazas. Mi hermano no tendrá otra opción que aceptarlo.

Con el rostro exultante de alegría, Ataúlfo rogó a sus acompañantes que los dejaran a solas. Regresaron caminando, ella sobre el caballo y él sujetando la brida, mientras hablaban alegremente. Al llegar a la tienda real, la primera orden de Ataúlfo como rey fue levantar el campamento y partir de nuevo hacia Roma, donde tenía noticia de que se encontraba de nuevo el emperador. También dispuso que se liberara a todos los prisioneros, como muestra de buena voluntad hacia su prometida. La mayoría de los cautivos decidieron volver a Roma junto con los visigodos, pero esta vez como hombres libres. El retorno a la ciudad se hizo más leve, ya que eran los propios romanos quienes apretaban el paso para volver a casa.

Con el transcurso de los días, Gunderico se volvió más y más taciturno. Ya no podía hablar con el rey con la antigua camaradería que los unía, y este se mostraba siempre muy ocupado con sus nuevas responsabilidades.

Una tarde, a la caída del sol, y ya instalado el campamento, Gunderico se acercó al borde del río a cuya orilla habían acampado. Para calmar su rabia y anhelo se sumergió en las heladas aguas, braceando con energía. Cuando salió del agua más sosegado se encontró con Ataúlfo, que le miraba divertido.

—No logras sacarla de tu cabeza, ¿verdad? —preguntó el rey.

—No, mi señor, por más que lo intento.

—Me duele verte tan triste, porque he sufrido tu misma rabia al ver a mi amor fuera de mi alcance. Me has obedecido fielmente, y sin ti mi destino ahora sería otro. Como premio a tus servicios, te doy permiso para que vayas a buscar a Celia Sabina. Procura hacerla feliz.

—Pero, señor, ¿no me necesitaréis para luchar?

—Poca lucha espero tener, son horas de diplomacia. Mas no temas, si te necesitara sabría dónde llamarte.

Se fundieron en un abrazo. Al despedirse el joven del rey, este, generoso, le dijo que aún debía pagarle una recompensa por haber capturado a las romanas. Le condujo hasta los carros donde se guardaba el botín y, señalando hacia ellos, le indicó que escogiera lo que deseaba llevarse. Abrumado Gunderico por el honor concedido, le dijo a su rey:

—De todos estos tesoros, con una sola cosa me daría por bien pagado. Permitidme, señor, llevarme el candelabro del templo de los judíos. Es un objeto sagrado, que cuidaré con mi vida.

—También en esto eliges bien —dijo Ataúlfo—. Sea. Te asignaré una guardia, no puedes ir solo por los caminos. Vete en paz, amigo mío.

Entrada ya la primavera, un grupo de jinetes seguidos por un carro avanzaba despacio por la calzada romana que cruzaba la Tarraconense, en Hispania. Días atrás habían dejado el puerto de Barcino, después la ciudad de Caesar Augusta y se adentraban en el valle del Arbujuelo. Tras rebasar unas salinas en las que un gran número de hombres trabajaban con empeño, llegaron al pie de la muela en la que se asentaba orgullosa la ciudad de Occilis. Gunderico y sus hombres subieron la empinada cuesta que llevaba a las puertas de la ciudad. Los soldados se encontraban llenos de ánimo al ver el final de su viaje, y el visigodo sentía una mezcla de expectación y temor a ser rechazado. Mientras uno de los hombres preguntaba por la casa de Cayo Celio, Gunderico y el resto de guerreros admiraron el solemne arco de triunfo que destacaba en lo alto de la colina, mandado levantar en honor de Domiciano, según se leía en letras doradas. Se dirigieron a la vía *decumana* de la ciudad, y al llegar a la puerta de la casa que les habían indicado, la que llamaban *domus* del Tritón, Gunderico indicó a sus compañeros que le esperaran allí. Al preguntar por el dueño, condujeron al joven a una amplia sala de planta rectangular, con unos anticuados mosaicos, que estuvieron de moda un siglo atrás. Se fijó Gunderico en las extrañas figuras allí representadas: un sireno y un macho cabrío con cola de pez enmarcados con figuras geométricas. Estaba tratando de averiguar

qué animales representaban, cuando entró el anciano Apolodoro. Al ver al visigodo, lo celebró y le dio un abrazo.

—Estás admirando los mosaicos que han dado fama a esta *domus* —dijo con travesura—. Mira este extraño personaje. Es el tritón que da nombre a la casa, aunque a mi amo no le guste.

En ese momento entró un hombre en la estancia y tras él se cerraron las puertas. Delgado y maduro, vestía una toga con franjas púrpuras. Apolodoro, dirigiéndose al recién llegado, hizo las presentaciones.

—Mi señor, este es Gunderico, el joven del que os hablé. Fue quien cuidó de que Celia Sabina no sufriese daño alguno —le dijo al hombre—. Este es mi señor, Cayo Celio Sexto, gobernador de la ciudad —le informó al joven.

Miró el hombre al visigodo con una fuerza contenida, mezcla de hostilidad y desaprobación, sin estrechar la mano que el joven le ofrecía. Gunderico le sostuvo la mirada con prudencia pero sin temor.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí? —preguntó con desagrado.

Sin acobardarse ante el frío recibimiento, Gunderico, después de carraspear, contestó al gobernador.

—Señor, vengo respetuosamente a solicitaros la mano de su hija.

—¿Y quién eres tú que a Celia me solicitas?

—Soy Gunderico, capitán del ejército de Ataúlfo, rey de los visigodos, pariente suyo y también su consejero.

—¿Ataúlfo? —preguntó Apolodoro sin poder contenerse—. ¿Ha derrocado a Alarico?

—No, amigo. Alarico murió, al poco de irnos vosotros, debido a una intoxicación por comer pescado en malas condiciones —le respondió el guerrero.

—¡Qué forma más absurda de morir! —exclamó entonces el anciano—. Y ahora vuestro nuevo rey es Ataúlfo.

—Así es —afirmó el joven—, y me ha dado licencia para venir hasta aquí.

—Alarico, Ataúlfo, ¡qué más me da! —intervino Cayo Celio, al que no le había gustado la interrupción de Apolodoro—. Todos son bárbaros que se denominan a sí mismos reyes tratando de

compararse con Roma, cuna de la civilización –continuó con una mueca de desagrado–. No os ocultaré que me ofende solo pensar que mi única hija pueda casarse con un bárbaro. Además, ¿creéis que he vendido la mitad de mis bienes para pagar su rescate y voy a dejar ahora que os la llevéis?

–No pretendo ofenderos, señor. Me acusáis de bárbaro, a pesar de que profeso vuestra misma fe. Soy cristiano, aunque seguidor de Arriano. Decís que no soy civilizado, pero sé leer y escribir en vuestro idioma y conozco vuestras leyes.

–¡Yo no soy cristiano! –exclamó el hombre enfadado–. Considero el cristianismo como una religión de pusilánimes, aunque tolero que mi mujer lo sea porque ha sufrido demasiado. Yo profeso respeto a mis dioses Lares, a los que todas las mañanas rindo homenaje, y a mis Manes, los espíritus de mis antepasados. ¡Algunos me acusan de estar anticuado y, lo que es peor, de ir en contra de los deseos del emperador, pero no podrán imponerme a su Cristo!

Mientras tanto, Livinia, la señora de la casa, alertada por los criados, permanecía al otro lado de la puerta, escuchando atentamente, en el momento que llegó su hija Celia Sabina, a la que había mandado buscar. Quiso la joven acceder a la estancia, lo que impidió su madre tomándola del brazo. Con el dedo índice sobre los labios, le suplicó que callara.

–Contente, hija, y escucha, pues tu padre no va a agradecer tu intervención.

–Pero yo quiero ver si es Gunderico –dijo irritada la joven.

–Lo es, mi niña, lo es, ya se lo ha preguntado Domitila a sus hombres. Les he invitado a que pasen a las caballerizas y se refresquen.

–¿Y qué está hablando con padre? –preguntó Celia Sabina ansiosa.

–Quiere casarse contigo –le contestó en un susurro. Al ver la expresión indescifrable de su hija, le dijo muy seria–: Hija mía, piensa bien lo que vas a responderme. ¿Quieres a ese hombre? ¿Querrás permanecer junto a él a lo largo de tu vida?

–Sí, madre, he tenido tiempo de sobra para darme cuenta – Celia Sabina no dudó en contestar.

—Bien —respondió entonces Livinia—, por lo que me has contado, parece un buen hombre, pero quiero asegurarme. Calla y escucha.

—Madre —dijo la joven con inquietud al oír el tono enfadado de Cayo Celio—, padre está alzando la voz. No negará su consentimiento, ¿verdad?

—Déjame enterarme de lo que pasa ahí dentro si quieres que te ayude —le contestó la mujer. Olvidando su dignidad de matrona romana, pegó la oreja a la puerta.

—Tampoco somos un pueblo tan merecedor de desprecio —continuaba defendiéndose Gunderico—, porque la propia hermana del emperador Honorio ha aceptado desposarse con mi señor Ataúlfo.

—¿Es cierto eso que afirmas? —preguntó Cayo Celio con voz ronca—. ¿Tienes alguna prueba de tu palabra?

—¿Pruebas, señor? —contestó dubitativo el joven—. Podría solicitar confirmación a mi rey con una carta, pero eso tardaría semanas.

—¡Pues no vamos a quedarnos sentados esperando! —bramó el patricio—. Además, aunque fuera cierto, seguro que la han forzado a aceptar.

Se hizo un silencio hostil hasta que Apolodoro intervino.

—Gunderico, amigo mío, ¿no traerás por casualidad alguna carta de la princesa Gala a su prima?

—Pues sí —contestó el visigodo sorprendido—. Pretendo entregársela cuando tenga oportunidad.

—¿Y no será posible —continuó el griego con astucia— que Gala Placidia le cuente en su carta todas las novedades que le hayan sucedido?

—Muéstrame esa carta —dijo hosco Cayo Celio—. Veremos cuánto hay de verdad en lo que cuentas.

Se dirigieron hacia las caballerizas, seguidos a prudente distancia por las mujeres. Gunderico sacó de sus alforjas un pergamino cuidadosamente enrollado y se lo entregó a Cayo Celio, quien lo agarró con brusquedad y le quitó el sello de cera con la imagen del águila. Después, empezó a leerlo.

A mi muy querida prima Celia Sabina:

No puedo esperar para contarte las buenas noticias que me acontecen. Ataúlfo, el elegido de mi corazón, me ha pedido en matrimonio y le he aceptado. Es el nuevo rey de los visigodos, y hará lo posible por llegar a un acuerdo con mi hermano.

He de decirte que me permitió elegir entre quedarme con él u obtener mi libertad. Como tú conoces mis sentimientos, no te extrañará que haya preferido aceptar a Ataúlfo a volver a la zozobra y las intrigas de la corte. Además, ha ordenado liberar a nuestros hermanos romanos. Aunque su fe está equivocada, coincidimos en lo esencial, y con el paso del tiempo confío en convencerle de su error y...

—¡Es suficiente! —exclamó Cayo Celio. Volviéndose al visigodo, le interpeló—: ¿Con qué cuentas para ofrecer a mi hija la vida a la que está acostumbrada?

—Es cierto que no tengo tierras, señor, pero dispongo del suficiente oro para comprarlas allí donde desee. —Se dirigió hacia el carro y descubrió las telas que lo cubrían.

A la luz del sol brillaron vasijas de oro y plata y varios cofres repletos de monedas, que Ataúlfo, en su generosidad, había obsequiado a su pariente pensando, sin temor a confundirse, que Gunderico jamás profanaría el candelabro fundiéndolo. Cayo Celio los miró asombrado. El joven era, sin duda, un hombre rico. A pesar de todo, el gobernador continuó mostrándose reticente. Con aire de suficiencia le dijo a Gunderico que ni con el doble de ese oro podría comprar a su hija. En ese momento, Livinia se presentó a sí misma al godo como la madre de Celia Sabina y le preguntó con educación a qué quería dedicarse y dónde tenía intención de establecerse. Inclinandose ante ella, Gunderico le contestó que bien podría ocuparse en la administración de las tierras que comprara, o supervisar una concesión de sal, idea que se le ocurrió a la vista de las salinas al pie de la ciudad. Incluso ofreció su experiencia guerrera para la defensa de la población.

—Un hombre con tales riquezas no es menester que se preocupe de trabajos —pronunció con altanería Cayo Celio.

—Es de hombres prudentes el mantenerse ocupado —afirmó, en cambio, su mujer—. Y decidme, joven, ¿dónde os gustaría vivir?

—Señora —contestó Gunderico animado por la dulzura de la mujer—, he vagado por los caminos desde que tengo uso de razón, después de ser expulsados de nuestras tierras. No tengo preferencia por vivir en Roma, Hispania o el fin del mundo. Donde decida Celia Sabina estará bien.

—¿Y sería mucho pedir que os instalarais aquí, con nosotros? —volvió a preguntar la mujer ante la mirada iracunda de su esposo.

—Señora, allí donde me acepten formaré mi familia. Esa será mi tierra y allí echaré raíces.

Satisfecha Livinia con las respuestas, asintió con la cabeza y estrechó la mano de su hija. Sin embargo, la aprobación de su mujer no fue suficiente para Cayo Celio, que seguía oponiéndose con obstinación. No le valieron de nada las lágrimas a Celia Sabina, que suplicaba a su padre que le permitiera casarse con el visigodo. Gunderico se dirigió entonces cabizbajo hacia la puerta, ante la desconsolada mirada de la joven, y Livinia le rogó que se detuviera. Se volvió entonces a su marido y, con tono mesurado, le preguntó qué poderoso motivo tenía para romper su corazón y el de su hija. Desconcertado Cayo Celio por este ataque que no esperaba, le pidió a su esposa que se explicase.

—Querido Cayo, tú sabes que ya no somos jóvenes; no podemos despreciar lo que anhelamos por culpa de un estúpido orgullo. Mi sueño, al igual que el tuyo, es poder abrazar a un nieto, sangre de nuestra sangre. Recuerda que la muerte nos arrebató a nuestros tres hijos y cómo sufrimos al saber prisionera a Celia. Un corazón roto tarda en curar. Si no le permitimos hoy casarse, quizá no tengamos otra oportunidad.

—¡Claro que me gustaría tener nietos! —exclamó el aludido—. ¡Pero no de un bárbaro!

—¡No digas tonterías! ¡Nosotros mismos somos despreciados por los romanos de cuna por haber nacido en provincias! Recuerda cómo te molesta que te traten así. ¿Quieres hacer tú lo mismo?

Apabullado el gobernador por las palabras de su esposa, no supo contestarle, y la digna matrona aprovechó su silencio para asestar el golpe de gracia.

—Por lo que me han contado tu hija y el sagaz Apolodoro, este joven está más que capacitado para dirigir nuestras tierras y las salinas, relevándote a ti de esa carga, que cada día te cuesta más. Te podrías dedicar a lo que más te complace: el gobierno de la ciudad, que ahora tienes descuidado. Imagínate por un momento en el foro, paseando tranquilamente entre los ciudadanos y recibiendo felicitaciones por la gracia de tu nieto, a quien llevas de la mano, que juega con su *gladius* de madera...

Calló el hombre ante la visión que le exponía su esposa. Durante un minuto, que se hizo eterno, lucharon en su interior dos fuerzas contrarias. Por fin, tras enjugarse una lágrima —le dio rabia no poder contenerla—, dio su consentimiento. Al escucharlo, Celia Sabina se lanzó con ímpetu a los brazos de su padre, que aceptó complacido el abrazo. Mientras tanto, Gunderico se inclinó ante Livinia y le dijo:

—Señora, de todas las batallas que he librado a lo largo de mi vida, esta ha sido, sin duda, la más difícil. No hubiera podido convencer a vuestro esposo sin vuestra ayuda. —Y acercándose a sus alforjas sacó de ellas un saquito de piel que entregó a la mujer—. Tomad, como muestra de agradecimiento. Estaban destinados a vuestra hija, pero, como son los más bellos que tengo, os los ofrezco a vos.

Livinia se puso roja de satisfacción al sostener en la palma de la mano dos fabulosos collares. Uno, de delicada filigrana de oro con engarzados rubíes rojos como gotas de sangre; el otro estaba formado por dos hileras de perlas, del tamaño de avellanas, que relucían con un suave brillo nacarado. Observó con alegría que en el fondo del saquito estaban los pendientes a juego. Impulsivamente, le dio dos besos. A continuación, Gunderico sacó del carro una espada con una ornamentada vaina y se la ofreció a su futuro suegro.

—Aceptad este regalo, señor. Por lo que me ha contado de vos vuestra hija, imagino que sabréis apreciarla.

Sacó el gobernador la espada de su funda y estudió su factura sencilla. Observó incluso que estaba mellada en algunos puntos. Miró interrogante al guerrero y dijo con curiosidad:

—Esta espada la han utilizado, ¿a quién perteneció?

—A Julio César, señor. Según dicen, fue la que llevaba al cruzar el Rubicón. Con ella indicó a su ejército que avanzara, en contra de las órdenes del Senado. Fiándose de él, todos le siguieron como un único hombre.

Cayo Celio, amansado y humilde, le dio las gracias. Con un gesto que sorprendió a todos, le estrechó por el hombro y dijo:

—Ven, hijo, a ver todo esto. Ya que vas a ocuparte de ello, cuanto antes lo conozcas, mejor.

Una semana más tarde se casaron los dos jóvenes. Fue una ceremonia sencilla, oficiada por un afable sacerdote amigo de la familia, que no dio importancia al hecho de que Gunderico fuese arriano. Esto había preocupado a Livinia, que preguntó al visigodo si pondría alguna objeción a desposarse por el rito de la Iglesia romana. Se sintió muy aliviada cuando este la tranquilizó afirmando que él deseaba casarse por encima de todo, y que pronunciaría los votos católicos si era necesario.

Tras el banquete nupcial, Gunderico llamó aparte a Apolodoro.

—Acompáñame un instante a mis habitaciones, amigo, que quiero consultarte algo.

El griego, sorprendido ante la petición, pensó que no era el más indicado para resolver las timideces de un joven ante su noche de bodas, pues él era un anciano solterón. Así se lo estaba indicando cuando Gunderico le sorprendió con un regalo.

—Toma, Apolodoro. Quería entregarte esto como muestra de mi aprecio, agradecido por tus ánimos e intervenciones. —Le entregó la colección completa de láminas de oro etruscas que vieron en el palacio imperial—. Las cogí pensando en que tú podrías traducirlas y cuidarlas. Son tuyas.

Salió de la estancia el griego con lágrimas en los ojos, y Gunderico se dirigió a buscar a su mujer. Cruzó el atrio hasta llegar al vestíbulo y la encontró junto a un pequeño altar en el que convivían, en tranquila armonía, varias estatuillas de los dioses

lares de Cayo Celio y una hermosa talla en madera pintada que representaba a Jesucristo. Había hecho llevar la joven hasta allí el candelabro de siete brazos, regalo de bodas de su nuevo esposo, y estaba llenando ella misma las lámparas con un aromático aceite de oliva traído desde la Bética. Le ayudó Gunderico a colocarlas en su sitio, pues ella sola no alcanzaba, y después, entre los dos, encendieron las siete mechas. Al acabar, se postraron de rodillas tomados de la mano. Rogó Gunderico al Señor que bendijera su unión con numerosos frutos y prosperidad. A continuación, se levantaron despacio, con los ojos brillantes de alegría, y se dirigieron a sus aposentos.

El candelabro resplandecía con su imponente presencia, proyectando una luz que oscilaba tenue. Alcanzando toda la estancia, iluminaba las tallas, que desprendían serenidad, creando una atmósfera de devoción y alabanza.

Después, todo quedó en silencio.